



EL FILÓLOGO

La edición crítica

o de cómo los obsesivos hallamos algo que hacer con los textos

Samuel Restrepo Agudelo

Estudiante de Filología Hispánica y de Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana
Semillero de Edición Crítica, adscrito al Grupo Estudios Literarios —GEL—
Universidad de Antioquia

samuel.restrepoa@udea.edu.co

Tal vez nunca sepamos cuáles son los propósitos de un escritor con su obra (tal vez el escritor mismo nunca lo sepa). Sin embargo, se mantiene la pregunta: ¿podemos confiar en que el libro que tenemos en nuestras manos refleja la voluntad escritural de su autor? Aunque sea una opción cómoda (y válida, también) aceptar los textos tal y como nos llegan, permitámonos hoy el lujo de la sospecha.

Quiero comenzar con una pregunta curiosa. ¿Alguna vez les ha sucedido que en medio de la lectura de un libro sienten la necesidad imperiosa y dominante de conseguir más ediciones del texto que leen con el propósito de confirmar si lo que dice en la edición que ustedes tienen en las manos sí obedece a la voluntad de su autor? No, ¿cierto? Pues los envidio. Es un vicio del que hace un tiempo no me puedo librar cuando leo un libro proveniente de una lengua extranjera y, para más inri, cuando leo uno en mi propia lengua, el español.

Existe una expresión de la lengua italiana que se utiliza para referirse al proceso tortuoso por el que pasa un texto cuando se traduce: el traductor es un traidor (*traduttore, traditore*). Pues les cuento que para mí fue un segundo descubrimiento de la muerte darme cuenta de que no solo el traductor traiciona, sino que también lo hacen el editor, el copista, el diagramador y todos los involucrados en el proceso de publicación de un texto. Me di cuenta a las malas tanto de lo primero como de lo último.

Cuando uno cambia una sola palabra en un texto literario, ¡incluso un solo carácter!, cambia todo el texto literario. Me encontré en el ensayo *Juan Rulfo y la falacia del editor* un ejemplo para ilustrar al escéptico sobre esta realidad: Pablo Neruda nos recuerda que del cambio de dos letras puede depender la orientación sexual de un poeta, ya que es diferente escribir «Yo siento un fuego atroz que me devora» a escribir «Yo siento un fuego atrás que me devora». Pues bien, Alberto Blecua señala un dato *derrota-*

ALPHA

AÑO I } Medellín, Marzo de 1906. { Número 1.º

HOMILIA N.º I.º

(A LUIS CANO, EL BENJAMIN DE LA PARTIDA)

Morena y prieta ha de ser
la tierra para claveles.

(De una copla andaluza.)

POR qué he de ser el menos en este centro de arte y ciencia? ¿Seré yo, por desgracia, la ficha más triste de tantas loterías? No tal: que voy á opinar también; á echar mi cachito de conferencia; á usar del sacrosanto derecho de meterme en arquitrabes, que con tanta sabiduría consagraron nuestros licurgos.

Y no es para enseñar—que no hay mucho maíz en el zarzo—sino para advertir, solamente; para ver de llevar al ánimo de esta juventud antioqueña, á quien alcanza la terrible mancha de tinta, unas miajas de alarma, un asomo, siquiera, de saludable recelo y de prudente desconfianza. Lo hago con intención muy laudable y muy humilde, aunque no me crean, ni me esté bien el decirlo. No gastaré palabras lindas ni trabajosas, sino bien claras y bien patentes, á manera de párroco montañero que exhorta á sus feligreses. Si tomare tonito imperativo y conceptuoso, no es por arrogancia ni por pedantería, ni mucho menos por retóricas; será por vía de claridad y precisión. Nada de lo que digo es para sostener; que esto no es tesis, sino hipótesis: ideas mías, muy personales, tal vez erróneas, propias acaso de un criterio retrógrado y estrecho. Declaro, otrosí, que no quiero herir ni mortificar á nadie, en lo más mínimo.

Hechas estas salvedades, voy á exponer mi parecer sobre el llamado modernismo, en relación con las letras de Colombia, y, especialmente, con las de nuestra tierra antioqueña.

dor: «Las estadísticas demuestran que, como media, se comete un error por página» en cada nuevo proceso de copia. De manera que no hay salvación.

Sí, ya sé. Puede parecer que estoy siendo muy *tiquismiquis*, pero creo que puedo convencerlos con otro ejemplo. ¿Ustedes me creerían si yo les dijera que esto sucede no solo con autores de otras nacionalidades, de otras lenguas o de otros continentes, sino con un autor tan regional, tan nuestro, como Tomás Carrasquilla? Déjenme decirles que, después de hacer parte del Semillero de Edición Crítica de la Universidad de Antioquia, no queda más que concluir que... bueno, deberían creerme.

Les voy a dar un ejemplo de Juan Esteban Hincapié, identificado en el cuento «Historia etimológica». El relato narra la historia de una mujer de la vida alegre llamada Luz, quien enamora a un santurrón llamado Rodrigo de la Guarda. En la descripción de cómo aquella Luz *alumbraba* el interés de todos los hombres que la rodeaban aparece la siguiente línea: «En la metrópoli austera corría el viento *delicioso* del escándalo». Ese adjetivo, «delicioso», se omite en la edición de 1952 de la editorial española EPESA (cuya realización, por cierto, la encargó la familia de Carrasquilla años después de que el escritor antioqueño hubiera muerto).

A partir de aquí podemos hacer unas preguntas más o menos interesantes que otras sobre el porqué de esta decisión editorial. Les cito otras líneas de Carrasquilla acerca del escándalo, con el propósito de incentivar el pensamiento. En «Discos cortos» el escritor apunta que «escandalizarse» es «ver cómo caen y pecan los demás

Un filólogo dedicado a la edición crítica, en primer lugar, identifica las distintas ediciones que se han publicado de una obra comprendiendo cada edición como un objeto único. Luego, compara línea por línea las distintas publicaciones buscando cambios y errores.

y uno no». Con estos elementos podemos colegir que al editor de EPESA le pareció en contra de la moral conservadora que se coqueteara con un elemento pecaminoso como el escándalo por medio de un adjetivo apreciativo como «delicioso», así que consideró pertinente censurarlo. Pensemos en lo siguiente: en 1952 el franquismo estaba en apogeo en España.

Para pillarnos este tipo de erratas nos sirve la edición crítica. El procedimiento está compuesto por los siguientes elementos: *recensio*, *constitutio textus* y *dispositio textus*. No se dejen intimidar por esos latinajos. Realizando un resumen ramplón de la disciplina, les puedo contar que un filólogo dedicado a la edición crítica, en primer lugar, identifica las distintas ediciones que se han publicado de una obra comprendiendo cada edición como un objeto único. Luego, compara línea por línea las distintas publicaciones buscando cambios y errores. Sí, ¡qué camello! Pero alguien tiene que hacerlo. Después, teniendo en cuenta la historia de la transmisión del texto (cartas, historia de las editoriales, testimonios personales), el filólogo determina cuál es el texto más confiable. En este escenario queda dar cuenta de los cambios registrados en la historia de la transmisión del texto y añadir notas explicativas.

Ahora sí: una vez en esta sección, uno puede lanzarse a la lectura con confianza para realizar los estudios literarios que vengan al caso, o, para personalidades como la mía, es entonces cuando uno puede disfrutar la lectura de una edición sin pecar de ingenuo. De hecho, recientemente tuve que decidir si en la «Homilía n.º 1», ensayo en el que se expresa la estética de Tomás Carrasquilla, el autor había escrito 1) «como bibliómanos, por archivos y cancellerías» (edición de la revista *Alpha*), o 2) «como bibliómanos, por archivos y mamómetros» (edición de Carlos E. Rodríguez E.), o 3) «como bibliómanos, por archivos y mamotretos» (edición de la revista *Bolívar*).

Importa resolver esta y otras cuestiones del texto carrasquillano, ya que existen buenas razones para argumentar que cualquiera de estas alternativas corresponde a los designios del autor. En una carta al poeta Max Grillo, nada menos, Carrasquilla sugiere que, en una de las ediciones del texto, la de la revista *Alpha*, le inventaron cosas que él no escribió. Así que el lector de la «Homilía» podría estar en riesgo de no haber leído lo escrito por Carrasquilla, sino lo escrito por su editor. Podría pensarse, entonces, que cualquiera de las otras dos opciones es la que se debe escoger como el texto más confiable, pero aparece el siguiente problema: todavía no se ha encontrado suficiente información que constataste que Carrasquilla supervisó efectivamente la edición de Carlos E. Rodríguez E., y la edición de la revista *Bolívar* se publicó después de la muerte del autor.

Hay catorce publicaciones de la «Homilía n.º 1», de tal manera que el abanico de posibilidades se expande muchísimo más. Estas y otras variantes tienen lugar en el ensayo que ilustra la estética del escritor antioqueño, así que es mi deber escoger entre las diferentes opciones que se

presentan en la «Homilía n.º 1» y también en la «Homilía n.º 2». Hasta la fecha he registrado un total de mil trescientos diez cambios más o menos significativos entre las distintas ediciones de las dos homilias, así que tendré que dirimir: ¿aquel cambio de mayúsculas es un gazapo del editor?, ¿en este tipo de oración es una incorrección añadir comas o no?, ¿será posible que la edición de EPESA de las homilias haya sido fruto de los manuscritos que envió la familia del escritor? Sin embargo, no teman por mí. He aprendido, gracias a Nietzsche, que la filología es el arte de la lectura lenta.

Por el momento, puedo adelantar dos datos. Primero: la edición de Bedout de 1958 ha sido una de las más influyentes entre las ediciones consecutivas en la historia de la transmisión textual. Segundo: al sol de hoy, la primera edición de *Alpha*, de 1906, es la más confiable en lo que concierne a los designios originales del autor. El laberinto de Creta que constituye la investigación, con todo, continúa y se bifurca.

Una imagen que amo del filólogo y que contribuye a la romantización del oficio es aquella de un religioso tonsurado y togado que está en su *scriptorium* repleto de libros revisando alguna copia de la *Eneida* de Virgilio con el propósito de copiar el manuscrito y procurar su preservación y su difusión. ¡Así es! Los filólogos que son editores críticos se encargan de preservar los textos, de conservar la última voluntad de su autor. Son (permítanme decir: «somos») conscientes de su responsabilidad de preservar un tesoro.

A modo de despedida, quiero mencionarles una forma de explicar la labor que refiere Miguel Ángel Pérez Priego a partir de un filólogo humanista del siglo XV: Angelo Poliziano. El italiano rememora una anécdota clásica para explicar el oficio del filólogo. Al joven Hipólito lo arrastraron sus caballos brutalmente y sus miembros quedaron repartidos por todas partes. Esculapio, dios de la curación, se encargó de recoger, juntar, recomponer y dar vida a los trozos. Pues bien, esa es la tarea del filólogo: preservar la vida saludable de los textos. Hipólito luego fue herido por un rayo, debido a la envidia de los dioses, pero eso es otro cuento... O tal vez no.

En fin, hasta aquí llegó este texto. Sepan disculpar que ahora los deje con la propensión a leer paranoicamente... eh, perdón, críticamente. **x**

Los filólogos que son editores críticos se encargan de preservar los textos, de conservar la última voluntad de su autor.

Este texto hace parte del proyecto de investigación número 2020-34066, «Estudio previo y edición crítica de las novelas mayores de Tomás Carrasquilla», financiado por el Comité para el Desarrollo de la Investigación de la Universidad de Antioquia